

TRES PAGINAS
DE RECUERDOS

Las siguientes cuartillas pertenecen al que fué amigo entrañable de las tres grandes figuras que no puede evocar por separado nuestra historia literaria: D. Armando Palacio, Alas y Tuero. Fué D. Pío Rubin su amigo siempre: hombre de una alta cultura y de una lealtad inalterable, supo conservar siempre, aún desde lejos, el cariño de los tres. En esta nuestra ofrenda a D. Armando, queremos recoger estas palabras que él dijo en un homenaje, y que a la vez que un recuerdo del insigne novelista, significan aquí un recuerdo suyo.

He leído estos días las obras de Armando, que forman en mi librería, al lado de las de Alas; juntas están allí, como juntos están los autores en mis recuerdos y en mi memoria.

La asociación de ideas, no me permite aislar las tres figuras, de Alas, de Armando y de Tuero; por eso habréis de notar en mí, cierta incoherencia y falta de unidad y de método.

He vuelto a reanudar mis relaciones, con el señorito Octavio y con José, antiguos amigos, algo olvidados, por el transcurso de los

años y por los apremios de la vida; pero los dos continúan tan jóvenes como cuando tuve el gusto de conocerlos.

Leyendo las páginas de «José», he vuelto a sentir los rumores de la playa, el olor saludable de las algas marinas, la virilidad de los hombres de la costa.

He vuelto a sentir el encanto del cielo andaluz, con *Los Majos de Cádiz*.

Y leyendo como al desgaire, otros trabajos, obras de Armando, que no son novelas, me sorprendió la seguridad de su crítica, el estilo transparente que hace recordar aquella pluma histórica que corría sobre el papel, con la brida suelta.

Los oradores del Ateneo, Los novelistas españoles, Aguas fuertes, tienen un arranque tan poderoso y salieron tan bien formados de aquel cerebro casi adolescente, que las obras posteriores del autor no los oscurecen.

En aquellos trabajos, no hay adelanto posible; en las novelas, sí.

Los Majos de Cádiz, dejan muy atrás, al Señorito Octavio.

El Idilio de un enfermo, y *La aldea perdida* tienen el mismo ambiente; sus personajes han bebido las mismas aguas del Nalón; pero el autor no parece el mismo; el autor del *Idilio*, es un escritor que vacila; el de *La Aldea*, es un maestro que define.

Mi apreciada amistad con el hombre, me autoriza para hablar así del novelista, sin que yo pretenda que mis afirmaciones queden como última palabra.

Pero he vivido muchos años con Armando y puedo decirlo algo que otros no saben o no lo recuerdan.

El que hoy es autor favorito y predilecto de la reina Alejandra, en la patria de Dickens y de Bulwer, escribía ya revistas de teatro, en plena adolescencia.

Armando, Alas y Tuero, publicaron en Madrid un periódico, cuando ninguno de ellos contaba veinte años.

Yo conservo los números del *Rabagás* y puedo afirmarlos, que el ilustre novelista y flamante académico D. Armando Palacio; que el gran polígrafo D. Leopoldo Alas; y que el genial escritor D. To-

más Tuero, digno de ser redactor de la *Gaceta de Corinto*, periódico que como todos sabéis, fundó Aristófanes 2.000 años antes de la invención de la imprenta, pudieran firmar, sin desdoro, aquellos trabajos que alternaban con el estudio de las asignaturas.

Conservo aquellos números del *Rabagás* y lamento la destrucción y desaparición de las cartas que entre nosotros se cruzaban durante las vacaciones; cartas de Alas y de Tuero, en verso y en prosa; las de Armando, siempre en prosa.

Parece ser una verdad pasada en autoridad de cosa juzgada, que Alas no era poeta o era sólo poeta mediano.

Jamás consentiré en reconocer tal error, desde las alturas de mi insuficiencia

Alas era un gran poeta, en prosa y en verso; la historia es muy larga de contar y no dispongo de tiempo, ni vosotros, acaso, de paciencia; pero puedo aseguraros que las musas le dispensaron siempre sus favores; que se abandonaban en sus brazos, locamente enamoradas; y que aquéllos olímpicos desdenes, de que se queja, en la carta que escribió a Menéndez Pelayo «en verso libre, casi demagogo», eran valor entendido entre las musas y el poeta.

El que nunca lo fué, en verso, es Armando.

Cuando su nombre empezó a ser conocido y solicitada su firma para figurar en los álbums según la moda del tiempo, a mí recurría; y más de cuatro pecados cometidos por mí, pesan sobre su conciencia; porque si yo era el brazo que ejecutaba, en toda la acepción penal de este verbo, era Armando el verdadero autor del delito.

Le argüía yo algunas veces, no conocer a la interesada y que nos exponíamos o se exponía a una incoherencia; y tal argumento, en ocasiones, fué lo bastante para que el delito no llegara a consumarse, quedando en el grado de tentativa. ¡Escrúpulo inocente! ¡Probidad desacostumbrada!

Ni él ni yo habíamos leído todavía o no recordábamos, la «Adjunta al Parnaso» que Apolo Delfico escribió a Miguel de Cervantes Saavedra.

—«Item, dice Apolo Delfico, en esa carta—«que todo poeta pueda disponer de mí y de lo que hay en el cielo a su beneplácito; conviene a saber; que los rayos de mi cabellera, los pueda trasladar y aplicar a los cabellos de su dama; y hacer dos soles, sus ojos, que conmigo serán tres y andará el mundo más alumbrado; y de las estrellas, signos y planetas, puede servirse, de modo que cuando menos lo piense, la tenga hecha una esfera celeste».

No es Armando poeta en verso; pero lo es en prosa.

Hay que ser poeta, para escribir párrafos como este del capítulo X de «La hermana San Sulpicio»: «El aire desierto y melancólico, ya no vibraba con ningún sonido: sólo de tarde en tarde, el golpe lento del reloj de la Giralda lo estremecía con metálico clamor. La sultana de Andalucía, se entregaba al sueño debajo de su espléndido dosel de estrellas. Dentro de su recinto, no obstante, velaba siempre el amor. Hasta el amanecer podían verse en sus estrechas y misteriosas encrucijadas, algunos galanes que, como yo, yacían inmóviles, con la frente pegada a alguna reja».

Poeta hay que ser, para escribir el prólogo de «La aldea perdida»; la pálida figura de René, el de las pasiones misteriosas y desconocidas, luce allí su romántica silueta y aspira con delicia el aroma de aquellas páginas embalsamadas.

El historiador de la literatura española, no podrá preterir el nombre de Armando Palacio, al cual me complazco en asociar una vez más, y espero que no ha de ser la última, los nombres de Alas y de Tuero; estos dos han muerto y con ellos se enterraron grandes cosas; los dos necesitaban aquel ataúd que el poeta alemán quería para sí: «Quiero un ataúd tan grande como el puente de Maguncia».

¡Honor al novelista español Armando Palacio!

PIO GONZALEZ RUBIN

(«El Correo de Asturias»-Oviedo 8 abril 1906).